

# *El susurro de la bruma*

*“Esta mujer huida del olvido...”*

*Carmen Albert*

Tal vez sea ya demasiado tarde, pero es mi deber intentarlo. Es lo que me enseñó mi madre, lo que ella querría que yo hiciera ahora. Camino despacio, trastabillando por entre las algas, las botellas de plástico y los maderos astillados que cercan el límite difuso entre las olas y la arena seca. Recojo el extremo de una rama maltrecha, una rama mil veces vapuleada por el mar, encharcada de salitre, sin apenas consistencia. Me arrodillo y escribo, en la piel dorada y tersa de esta playa, todas las palabras que se vierten, como una lluvia mansa que diluye los fantasmas del temor, sobre las briznas de esperanza que aún techan mi entereza. Sí, las palabras surgen diáfanas, como impelidas por una tolvanera escondida durante demasiado tiempo. Cierro los párpados, dos, quizá tres segundos, y respiro este aire vencido de sal, y de agua, y de espuma. A mi alrededor puedo escuchar, además del silencio, el rumor cadencioso de las olas batiendo la arena, el espeso cimbrear de las nubes al replegarse sobre el horizonte, el murmullo oscuro de la brisa despeñándose por entre las rocas del acantilado, el susurro de la bruma que se enreda en las guedejas de los muelles y que acarrea ese olor a pescado corrompido que tanto parece agradar a las gaviotas.

Anochece. El sol, acosado por nubes de basalto y de ceniza, reverbera en vano sobre las sombras que atraviesan el crepúsculo, da la espalda al mar y,

## *El susurro de la bruma*

orgullosa, se agazapa tras las dunas que festonean los extremos de la playa. Una luna breve, como recostada en un pliegue del anochecer, parece querer acompañarme en mi incierto deambular. Siento entonces cómo las garras del frío se arriman a mis pies desnudos, cómo trepan con furia por mis piernas, cómo se encaraman a mi vientre vestido apenas con harapos, cómo se abrazan, en gélidas guirnaldas de cristal, a las heridas que las rocas abrieron en mis hombros, al escalón de mi garganta, a mis pupilas aturdidas. Es un frío que gravita sobre mi piel, que atenaza cada músculo de mi cuerpo, pero que ahora se detiene –quizá sea sólo durante unos instantes- en el umbral trémulo de mis labios. Creo que está esperando, sin prisas, consciente de su poder, de mi indefensión. Sí, creo que desea concederme una especie de tregua.

Tal vez sea ya demasiado tarde, pero es mi deber intentarlo. Se lo prometí al despedirme, le aseguré que lo haría nada más pisar tierra firme, y ahora, tras abandonar los restos encallados de una barca que no pudo soportar los embates agrisados del mar, no es mi intención defraudar a mi madre. Sé que ella, desde el celaje de desgracias que oscurece cada momento de su vida, desde el barranco donde se abisma toda la miseria gobernada por los señores de la guerra, desde su famélico horizonte trabado a una cabaña de ramas, plásticos y necesidad que se hinca en un secarral salpicado por las lenguas del desierto, confía en que cumpliré mi palabra. La primera vez que me lo sugirió yo sólo era una niña, pero recuerdo bien aquel augurio que parecía manar, como una caricia tenue, de la ternura de su sonrisa:

## *El susurro de la bruma*

- Hija mía, si quieres ver cumplido tu mayor deseo, escríbelo sobre la arena húmeda de una playa, léelo luego a voz en grito y espera. Espera a que las olas y el viento arrebatan todas tus palabras.

Desde entonces he pasado muchas noches en vela esperando el momento. El momento de tener los arrestos suficientes para encaramarme a un sueño que desde niña creí imposible, el momento de forjar esas ansias de libertad que erraban por mi corazón. Ese instante está aquí, muy cerca, tan cerca que puedo sentirlo, palparlo, apretarlo levemente con mis manos. Ese instante lo tengo ahora, embadurnado de arena húmeda, entre las yemas de mis dedos, y así, no puedo dejar de entregar mi voz a las nubes de basalto y de ceniza que esconden en sus dobleces la última luz de un sol crepuscular, al murmullo oscuro de la brisa que se desliza por entre las rocas del acantilado, mientras la mirada se me pierde tras esas olas que baten la playa y que arrastran un único deseo escrito con el extremo de esta rama mil veces vapuleada por el mar, encharcada de salitre, sin apenas consistencia:

**“Adiós para siempre a la miseria, dignidad,  
una vida que merezca ser llamada así.”**

Parece que el susurro de la bruma ha dejado de enredarse en las guedejas de los muelles. Estoy cansada. Ha sido un viaje muy largo.